EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — NÚM. 10228

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vino, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufradores, cribadores y demás útiles necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castelfiuí, 12

El Mediquín.

Aún se debía conservar memoria en aquella vieja y desmantelada ciudad de Aranda, de que fué Petronila, muchacha vistosa y de rumbo, hacia el tercio postrero del siglo anterior; pero como tanto ha llovido desde entonces, no es de extrañar que se hayan borrado los recuerdos; así que sólo por intención soñadora de artista y sin datos ni documentos fundamentales, tengo yo que reconstruir á mi modo el suceso más trascendental é importante de su vida.

—¡Sta. Virgen de las Viñas! ¿Para qué me han dado estos ojos entre verdes y azules y esta mata de pelo como la mora y este talle que se cimbrea como los cañizos de las orillas del Duero, si he de podrirme soltera en un poblacho? ¿He nacido en las malvas? Hidalgos fueron mis padres, y no me dejaron tan sola al morir, que buena es la compañía de tierras y lugares, que dejan de utilidad, un año con otro, pasante de cuatro mil ducados.

Y tenía razón Petronila, para quejarse tan amargamente aquella noche, al contemplar su rostro juvenil y su busto saludable en cornucopia de profusa talla á la luz de un velón monumental de torneada base, sustentando seis brazos como el oro lucientes y en los que ardían otros tantos mecheros.

Encandilaronse un momento de alegría sus ojos al considerarse hermosa, con aquellas cejas arqueadas y oscuras y aquellas mejillas lozanas como fruta en sazón, y aquella boquita encendida como unos claveles, pero pronto se dejó caer desalentada en anchuroso sillon frailero, inclinando la frente apesarada sobre la diestra blanca y gordozuela, mientras que con la otra oprimía con rabia el corpiño de alepin y casi rasgaba la rica pañoleta de encaje de Malinas.

De tan dolorosa abstracción le vino á saca el crujido de la puerta, que volvió á cerrarse tras de la moza que traía barreño mediado de agua y cacillo.

—¿Van á dar las doce, Tomasa? —preguntó Petronila á la joven.

—Están al caer.

—El toque para no errar está en la exactitud. Por eso, sin duda, nos hemos equivocado en otros años. Arrima el cazo á las llamas del velon. ¿Tiene plomo bastante?

—Buen rato estuve arrancando tiras de las vidrieras del comedor. Mire su merced si habrá de sobra.

—Pues no perdamos tiempo. Ten bien el cazo hasta que se ponga rugiente. Oido atento y á la primera campanada...

—Así haré, que no ha de quedar por mí si no descubrimos esta nochecita de San Juan el marido que Nuestra Señora de las Viñas nos reserva.

Quedaron ama y criada, con el cazo borbotando á la llama del velón y el oído atento. Zumbó á muy poco el bronce en el reloj de torre no lejana; pero antes de que gritase Petronila—¡Ahora!- ya había Tomasa vertido en el agua, con humeante estridor, el plomo liquidado.

Del lebrillo sacaron las mujeres el metal, que cuajó caprichosamente: recta y larga escurridura, con dos burbujillas colgando, se adheria á un trozo macizo casi semicircular.

—Tengamos la del año pasado—exclamó enojada Petronila.—Por que esto parece también una bandolera y un tricornio, y ya viste lo que resultó con mi primo el guardia de Corps, á quien colgamos el presagio.

—Lo de sombrero, sí que lo parece; pero esto que corre por aquí no puede ser bandolera, sino vara larga y con borlas, como de gente de justicia, por lo que se me alcanza á mí que su mercé se ha de casar con algún corregidor, andando el tiempo.

Revolvió Petronila entre sus lindas y temblorosas manos el cuajón misterioso, y convenciose de que Tomasa estaba en lo cierto.

Del tricornio ni dudar siquiera; pues lo otro era seguramente un bastón con borlas. Pero quién podrá ser? Porque ella no conocía á otro corregidor que al de la Villa, y se le representó con asco, embutido el cuerpo, enjuto en casacón de terciopelo negro, las piernas estevadas y el rostro lívido y avinagrado, y además con hijos y mujer y frisando en los sesenta.

Con estos cuidados no descansó en toda la noche, y las mismas vacilaciones y temores le asaltaron en muchos días siguientes.

¡Un corregidor! Pero aquello del bastón y las borlas no se podría también aplicar. Y al llegar á este punto que hala, ¡qué imágenes cruzaron por la mente de Petronila, que entornaba los ojos y entreabría los labios con placentera sonrisa!

Acercábase entonces á la mesa de patas salomónicas, y de la urnilla de cristal que resguardaba primoroso niño Jesús articulado y vestido de tisú, cogía el plomo cabalístico que allí á manera de ex-voto conservaba, y cayendo de rodillas decía:

—¡Haz que el presagio y mis deseos se cumplan, santo Niño!

Y así pasaron meses y mas meses y hasta mas de un año.

Un día, jadeante presurosa, regresó Tomasa del mercado.

—¿Sabe su merced lo que pasa? La Zequiela, la viuda de la lanería de la plaza, que tenía un hijo estudiando en Alcalá, le acaba de abrazar ya hecho un doctor. Corra si le quiere ver que por junto al arco viene cercado de señores. Galán está con la casaca negra con botones de azabache y los vuelillos y la chorrera de encajes de Holanda, y la caña de Indias con puño de oro que relumbra al sol.

No se apartó de la ventana Petronila hasta desaparecer el doctorcillo flamante y debió de parecerle muy hermoso por que acercándose á la urna exclamó sonriendo de dicha:

—¡Gracias, Jesús mío! Así le había soñado.

Pero los sueños de la pobre Petronila no se realizaron.

El sabio hijo de la viuda de la plaza, la salvó de la viruela, que asolaba al pueblo; mas el día en que se levantó convaleciente, al acercarse á la cornucopia á un descuido de Tomasa, prorrumpió en llanto desesperado al verse tan horrible.

¡Pobre Petronila!

Yo me imagino que profesó en las Bernardas, y que debió de morir poco menos que en olor de santidad el segundo ó tercer año del siglo presente.

Parece muy natural que dejara al convento sus bienes, y al Santuario de Nuestra Señora de las Viñas un singularísimo legado: hermoso niño Jesús vestido de calzón, chupa y casaca de terciopelo negro, tricornio de felpa y bastón con rica empuñadura de oro.

De la verdad de estos hechos nada certifico.

Sin embargo, los más escrupulosos se podrían convencer con datos como los siguientes:

Que á un cuarto de legua de la ciudad de Aranda, camino de Gumiel de Izán, á la sombra de álamos copudos, se levanta el santuario famoso de la Virgen de las Viñas.

Y que en el altar mayor de la ermita puede aún verse la linda imagen del niño Jesús, que tradicionalmente llaman en todo el contorno *el mediquín*, así por lo original de su vestidura, que es la misma que gastaron los doctores en el pasado siglo, como por la fé que inspira cuanto á milagrosa para ahuyentar la epidemia.

Apesar de lo cual, el cólera se ha cebado cruelmente en el país en varias ocasiones; pero en la humanidad se conservan creencias profundamente arraigadas sin fundamento mejor.

B. Blanco Asenjo

Instantánea de higiene

¡Que viene el coco! ¡Calla! ¡Duérmete ¡El coco, el coco!... Tal suele ser el medio de que se valen todas las nodrizas y niñeras y también casi todas las madres para dormir á los niños. Unas veces, el coco, se convierte en trapero; otras, en carbonero, siempre, en alguna persona ú objeto que impresione al niño y le haga temer, con verdadero terror, su presencia; no faltan ocasiones en que, cuando el niño, á pesar de tan tiernas advertencias, llora y llora y no llega á dormirse, se simula un fantasma ó se hacen ruidos fuertes, y hasta se llega á imitar la voz del pretendido coco, todo, para demostrar la certeza y realidad de la amenaza.

¡Lamentable error! La inmensa mayoría de las veces, el recurso no produce consecuencias prácticas, y en todo caso, el niño, así dormido, tiene un sueño intranquilo, se despierta asustado, la frente bañada en sudor, sus facciones expresan el terror, sus ojos, abiertos de una manera desmesurada, miran con extravío....

Se han echado los primeros cimientos para que el niño padezca una *meningitis*, mortal casi siempre, y que cuando no lo es, deja tras de sí terribles deducciones ó eternas reliquias; se le ha creado la enfermedad conocida con el nombre de terrores nocturnos, de tan fatales consecuencias y de tan difícil tratamiento.

El coco, que no puede venir, se convierte en el médico, que llega, las más de las veces, para luchar contra estados

Y para esto era para lo que ella decía todos los días, á fin de alimentar su esperanza: «Yo volveré á verme sana y salva, yo volveré á encontrar la casita, allí estará él todavía; le pondré á mi hija en los brazos y todo seguirá tan bien como ántes!»

Y para esto era para lo que ella había emprendido su viaje á pié, desde una tierra lejana, en el instante en que pudo caminar sin ayuda, con objeto de regresar á aquella casita sin saber el camino por donde debía dirigirse, sin tener más datos para orientarse que el nombre de la ciudad más inmediata; y el nombre de esa ciudad, siendo tan populosa como era, jamás había llegado á los oidos de las personas á quienes preguntaba Alicia.

Muchas veces le habian dado direcciones equivocadas, y sin embargo, ella había continuado su ruta solitaria, sufriendo el frio, el hambre y la sed con el instinto de un perro fiel que busca el paradero de su dueño. Tres veces la había postrado la fatiga, y tres veces había debido á la humilde piedad un lecho donde reposar su cuerpo calenturiento y quebrantado. Una vez también su niña, su amor, la vida de su vida, se había enfermado en términos de hallarse próxima á morir, y entonces tuvo que suspender su viaje hasta que la criatura se restableció y empezó á sonreirse nuevamente con su madre.

cuando percibieron, repito, lo que la capa vieja le había ocultado, un niño, que la pobre muchacha llevaba en sus brazos.

Se había detenido ella para mirar hácia atrás con enternecimiento, con una exasperación que podía leerse en su actitud, aun desde aquella distancia.

Ella imprimió sus labios en la frente de la criatura, ellos oyeron un sollozo convulsivo: ella tomó de nuevo su camino y un minuto después ya no estaba visible.

—Eso está muy claro! dijo mistres Hobbs.

—Qué buena noticia para la parroquia! añadió su marido. Y una criatura tan jóven...! qué vergüenza.

—Las muchachas de estos cantones son verdaderamente detestables en el dia, Jenny, dijo la madre de familia á la recien casada.

—Ahora comprendo, dijo el papá Hobbs con aire malicioso, porqué solicitaba ella al señor Butler, la picarona vendría á hacer la declaración de paternidad.

Y para esto era para lo que la pobre Alicia había sustentado sus fuerzas y su aliento, durante una cruel enfermedad que la había retenido muchos meses sobre el miserable lecho de un labrador irlandés!

de una especie de respeto. Deseais alguna cosa? le preguntó el mayor y más resuelto de aquellos muchachos.

—Yo... yo...? No hay duda... esta debe ser la casita del valle?

—Esta era la casita del valle; ahora es Hobbs-Lodge. ¿No sabeis leer? preguntó el heredero de los honores de la casa Hobbs; y menospreciando la ignorancia de la estrangera, hizo de ella motivo para perder la compasión que desde luego le había inspirado.

—Y el señor Butler... se ha marchado también? preguntó la desconocida. Pobre muchacha! hablaba como si la casita se hubiese marchado, en lugar de haberse embellecido; las columnas jónicas no tenian ningun atractivo á su vista.

—Butler...? aquí no vive nadie de ese nombre. ¡Papá, sabeis la morada de un tal Butler?

Papá dirigía entonces para el sitio de la conferencia su sólida máquina, sus macizas pantorrillas, su magestuosa panza.

—Butler? dijo él, no conozco ese nombre. Aquí no hay ningun Butler, hija mia. Ea! tomad el portante... ¿no os avergonzais de mendigar?

Nada se sabe de Butler...! dijo la pobre muchacha, pudiendo apenas respirar y teniéndose de los barrotes